



JOSÉ LUIS PÉREZ¹

Director de los Servicios Informativos
de la Cadena COPE y TRECE Televisión

Gracias, director Rafael. Gracias, presidente don Alfonso, y mucha suerte, que seguro que la va a tener. Veo muchos y muy buenos amigos, algunos que han llegado, además, desde lejos. Señoras y señores, muy buenas tardes a todos.

Antes de nada permítanme unas breves palabras para agradecer muy especialmente a los organizadores de este Congreso Católicos y Vida pública su invitación para inaugurar estas jornadas.

Conozco bien este Congreso, he participado en alguna ocasión anterior, en ediciones anteriores, y me he informado también en numerosas ocasiones. Ya son veinte las ediciones y me consta la alta calidad, tanto profesional como humana, de los ponentes que nos van a acompañar en los próximos días en esta mesa. Así que para mí les digo con el corazón que es todo un halago que me hayan elegido para esta inauguración, presidente. Espero estar a la altura de los ponentes que en los próximos días y en las próximas horas van a pasar por aquí.

Del mismo modo que me es especialmente grato estar precisamente por la institución que organiza estas jornadas, la Asociación Católica de Propagandistas, y su obra, la Fundación Universitaria San Pablo CEU. ¿Cómo se lo diría? Es una institución tan querida por mí, desde hace tantos años, como para encomendarles la enseñanza escolar de mis hijos. Fíjense si confío en ustedes, presidente.

Ya siento prolongarme en los agradecimientos, pero hay un tercer factor por el que les quiero agradecer especialmente la invitación, y es por el tema elegido para esta vigésima edición del Congreso: “Fe en los jóvenes”. De las jornadas me gusta hasta el título. La verdad que han acertado. Han acertado con un enfoque que me interesa especialmente, no tanto por joven aunque también (esto de “por joven” empieza a ser más un deseo que una realidad). Me interesa, fundamentalmente, porque creo que hay una necesi-

¹ Transcrito por audición.

dad imperiosa que no podemos dilatar por más tiempo: la de intentar escuchar y la de intentar entender a nuestros jóvenes.

Lo decía el presidente y seguramente estamos en el lugar idóneo para intentar hacerlo: escuchar. “Escuchar es la palabra clave”, decía también el Papa Francisco en el Sínodo de los Obispos recién concluido en Roma, centrado, como ha quedado dicho, en los jóvenes, y añade ese documento de las conclusiones del Sínodo, que también va a ser protagonista estos días aquí, que las escuelas, los colegios, las universidades, de hecho, son eso: son los entornos ideales para formar de manera integral. Por eso digo que estamos, seguramente, en el escenario ideal.

En ese intento por escuchar primero y por intentar entender después para, finalmente, tratar de acompañar, de guiar a los jóvenes, voy a hablar en esta breve intervención. Primero hablaré de qué preguntas se hacen, de cuáles son las principales preocupaciones que los jóvenes manifiestan cuando les preguntamos.

A continuación trataré de describir cómo es el mundo que les rodea, que rodea a los jóvenes o, por tratar de afinar un poquito más, de la sensación que ellos tienen del mundo que les rodea.

Para terminar -no se asusten, veo alguna cara de susto... no más de 20 o 30 minutos- aventurando, al menos solo aventurando, qué podemos hacer para intentar poner fin a ese problema que también el Santo Padre puso sobre la mesa antes de comenzar ese Sínodo: el problema de que llevamos dos mil años, decía el Papa Francisco: “dos mil años sin entender a los jóvenes”.

Empecemos por tratar de conocer qué les preocupa.

En el primero de esos objetivos que les apuntaba de cuáles son las principales preguntas que se hacen, la respuesta es al menos relativamente fácil, y lo es porque disponemos de un documento reciente, seguramente el más elaborado, el más contundente de cuantos se hayan hecho jamás para tratar de comprender cómo se ven a sí mismos los jóvenes.

Es el documento presinodal. Estoy seguro de que no exagero cuando digo que estamos ante el documento más contundente y fiable, puesto que estamos hablando de la participación, fíjense, de 15.300 jóvenes de los cinco continentes, 300 de ellos de manera directa, presencial, 15.000 a través de las redes sociales que, también quedará dicho, son un instrumento esencial para acercarnos a los jóvenes. Insisto en que no hay estudio conocido anteriormente que haya preguntado a tantos jóvenes y que, además, haya abarcado todo el planeta, los cinco continentes.

¿A qué conclusiones llega ese documento? Al menos algunas de ellas. Evidentemente, no las podemos exponer todas. Estas son partes de las cosas

que ellos, que los jóvenes no están pidiendo y que han quedado reflejadas en ese documento presinodal.

Piden ser escuchados y tenidos en consideración. ¿Saben cuál es una de las frases más repetidas por los jóvenes en todos los idiomas posibles? “No somos tontos”. “No somos tontos”. Piden también que se les comprenda sin juzgarles. Quieren empatía de sus mayores, piden empatía.

Exigen, no piden, que se les busque donde están. No van a venir a nosotros. En eso las cosas han cambiado, y han cambiado radicalmente. Hay que encontrarse con ellos en la calle, en los bares, en las aulas como estas, en los gimnasios... Hay que encontrarse con los jóvenes en las redes sociales, evidentemente.

También tienen reproches, y así ha quedado por escrito en ese documento presinodal. Por ejemplo, reprochan a sus mayores que a veces son demasiado severos con ellos.

Echan en falta cosas. Echan en falta, por ejemplo, algo que creo que no nos podemos permitir, y que, en cambio, en lugares como este sí se encuentran: echan de menos acompañantes fiables. Aquí los encuentran. Estoy convencido de que aquí los pueden encontrar.

Se manifiestan incluso, en ese documento presinodal, en torno a por qué algunos de ellos han abandonado la Iglesia. ¿Por qué? Porque algunos dicen que han experimentado indiferencia, porque se han sentido, lo decíamos antes, juzgados más que escuchados, e incluso algunos dicen que se han sentido rechazados. Eso, evidentemente, es un problema.

Otros pedían, por ejemplo, más sinceridad a la hora de reconocer los errores.

No sé qué les parece a ustedes, pero creo que estas no son peticiones, no son exigencias irrealizables. Si cometemos el error de que lo parezcan estaremos haciendo de nuestros jóvenes terreno abonado para teorías del pasado como las que defendían pensadores como Eric Hobsbawm, por ejemplo. Él decía: “Cuando las relativamente modestas expectativas del día a día parecen inalcanzables, según la revolución, es entonces cuando las personas se hacen revolucionarias”.

Dicho de otra manera, ese sería un caldo de cultivo inigualable para un sentimiento demasiado común en nuestros días, un sentimiento de indignación muchas veces motivado pero otras tantas, como veremos, no tanto.

Les decía que, además de escuchar las dudas, las preguntas que se hacen los jóvenes, convendría también pararse a tratar de analizarlas. Por ejemplo, ¿cómo describen? ¿Cómo sienten...? Es otra de las preguntas clave: ¿cómo sienten el mundo en el que viven los jóvenes?

Empecemos señalando que casi todos los que participaron en esa -yo le llamaría- “macroencuesta planetaria”, con un universo de 15.300 personas, coinciden en señalar al menos dos sentimientos. El primero es el de verse vulnerables, el de considerarse víctimas casi seguras de lo que el Papa Francisco llama “la cultura del descarte” básicamente, como es lógico, como consecuencia del alto desempleo juvenil, de la enorme dificultad para acceder al mercado laboral o de los bajos salarios (los bajos salarios para los que consiguen engancharse al mercado laboral). Ese es el primer sentimiento que expresan la mayoría.

El segundo de ellos, en el que coinciden casi todos, es el de estar viviendo, ¿cómo se los diría yo?... en el peor de los mundos posibles. En España tenemos un ejemplo que se cita mucho en una frase: “por primera vez, la próxima generación va a heredar un mundo, un país, peor del que recibieron sus padres”. Seguro que la han escuchado en más de una ocasión. Nuestros hijos van a recibir un mundo peor que el que heredaron sus padres.

Así que, llegados a este punto, lo que debemos hacer -es parte de mi oficio como periodista- es preguntarnos: ¿es eso cierto? ¿Es realmente así o estamos ante un punto de partida erróneo en esa sensación que, nos guste o no, es muy generalizada entre los jóvenes, entre nuestros jóvenes?

Vamos a los datos, que es algo que -también trataré de explicarles- tenemos que hacer con mayor frecuencia. Datos como los que se están encargando de divulgar, y además con éxito creciente, investigadores como el profesor de la Universidad de Harvard Steven Pinker.

Hoy hay menos hambre en el mundo que hace 25 años. Les puedo poner un ejemplo de otro dato. En 1981, el 81% de la población mundial vivía con menos de dos dólares al día. **Hoy ese índice sigue siendo, desgraciadamente, muy alto, pero se sitúa en torno al 10% de la población mundial.**

Más datos. UNICEF -convendremos todos en que es un argumento de autoridad- calcula que, en el mundo, la muerte de niños por hambre, aun siendo hoy especialmente dolorosa, se ha reducido a la mitad en las últimas dos décadas.

También en contra de lo que nos puede parecer a todos, sin acercarnos a los datos, hay hoy menos muertos por terrorismo en el mundo, muchos menos. Los conflictos armados se han reducido. En 1992 teníamos 51 conflictos activos en el planeta. En el 2017 seguían siendo muchos, pero eran 14 frente a los 51 del 92.

Es verdad que hay elementos de futuro cuyo impacto todavía es, sencillamente, imposible de cuantificar que afectarán ya a esta generación, a los

que estamos mayoritariamente en esta sala, pero que lo harán en mayor medida a los hoy considerados jóvenes.

No me estoy refiriendo a representaciones distópicas tan del gusto de la época, por ejemplo, en el cine. No me refiero a eso. Me refiero a debates como el que en el año 2000 -el fatídico, para algunos, año 2000- apuntaba el cofundador de Sun Microsystems, Bill Joy, en un artículo que ya entonces se hizo célebre y que todavía hoy sigue vigente; un artículo que tituló -es un poco helador el título- “Por qué el futuro no nos necesita”.

En él argumentaba que “como sociedad, tendremos -decía ya en el año 2000 y se está poniendo de manifiesto en nuestros días- que afrontar problemas que cada vez serán más complejos, al tiempo que las máquinas que creemos serán cada vez más y más inteligentes”. Eso le llevaba a concluir que: “dejaremos que las máquinas sean las que tomen las decisiones por nosotros, y que lo haremos simplemente porque las decisiones de las máquinas dan mejores resultados que las nuestras”.

Con independencia de ese tipo de futuribles, y a la vista de datos como los que les aportaba hace un momento, ¿realmente se puede asegurar con enorme rotundidad, como en tantas ocasiones se hace, que nuestros hijos van a heredar un mundo peor que el que recibimos nosotros, que el que recibieron ustedes? ¿Se puede asegurar, futuribles al margen, con rotundidad a día de hoy?

Seguramente esos datos que exponía, a día de hoy no parecen respaldar esas sensaciones que, insisto, nos gustará más o nos gustarán menos pero son mayoritarias entre nuestros jóvenes.

Otro tipo de estudios, por ejemplo los estudios de institutos como el Pew Research en Estados Unidos, señalan que, en aquel país, fíjense, son cada vez menos los jóvenes que respaldan la democracia y son más los que estarían dispuestos a conceder el poder en su país a algún tipo de liderazgo aunque fuera autoritario.

Dicho de otra manera: ¿por qué nuestros jóvenes tienen esa sensación creciente de estar viviendo en un mundo mucho peor que aquel en el que realmente están viviendo? Todo parece indicar que la respuesta a esa pregunta en el fondo le da la razón a un viejo conocido -al menos de los periodistas-; le da la razón a McLuhan cuando dijo, ya a mediados del siglo pasado, que “la aldea global podría llegar a convertirse en un lugar claustrofóbico y desagradable”. Claustrofóbico y desagradable.

Les decía al comienzo de mi intervención que una de las cosas que piden los jóvenes es que los busquemos más en las redes sociales, y a fe que ahí les vamos a encontrar.

España es el país del mundo, al menos de los 37 países analizados por la Universidad de Oxford para el Instituto Reuters, que más utiliza el teléfono móvil para recibir noticias, con bastante diferencia con el segundo país de los 37 analizados, y sí, especialmente entre los jóvenes. Muy especialmente entre los jóvenes. Nada menos que el 73% de ellos llegan a las noticias, este es mi campo, a través de lo que podríamos llamar “las puertas de al lado” de los medios tradicionales. Las puertas de al lado son básicamente dos: la primera, las redes sociales ya mencionadas; la segunda las máquinas de búsqueda. Prácticamente se reparten al 50%.

Máquinas de búsqueda como Google, que es la más conocida de todos. Google, que es una maquinaria sencillamente extraordinaria, un instrumento extraordinario para ayudarnos a buscar lo que sabemos que queremos pero, en cambio, no nos ayuda a buscar lo que no sabemos que queremos. Y seguramente ahí tendremos parte de la respuesta a por qué hay esa enorme diferencia entre el mundo real y el mundo que perciben nuestros jóvenes.

Quizás empezamos a encontrar, ya les digo, una de las razones que explica esa enorme distorsión entre el mundo que viven y el mundo que sienten. Esa representación asfixiante, cerrada que de ese mundo tiene un número creciente de jóvenes que, insisto porque me parece especialmente preocupante, comienza incluso a poner en duda y a sentir cierto desapego nada menos que por la democracia.

Como bien escribe Eli Pariser en su revelador libro *El efecto burbuja* sobre cómo está cambiando Internet, cómo están cambiando las redes sociales nuestra forma de actuar, nuestra forma de pensar, “la democracia solo funciona si los ciudadanos son capaces de pensar más allá de su estrecho interés propio. Pero, para hacerlo, necesitamos una visión compartida del mundo en el que vivimos, necesitamos estar en contacto con las vidas, en contacto con las necesidades y con los deseos de otros, y el efecto burbuja que en muchas ocasiones generan esas redes sociales, nos empuja justamente en la dirección contraria, crea la sensación de que nuestro pequeño interés personal es todo lo que existe”. Tras leer eso solo puedo decir: *touché*.

Estamos cambiando un sistema en el que los medios de comunicación tradicionales teníamos un papel principal; un sistema que tenía un profundo sentido, al menos yo así lo entiendo, un profundo sentido de su responsabilidad cívica... y lo estamos cambiando por otro sistema sin ningún sentido de la ética. Las primeras víctimas son nuestros jóvenes, que es tanto como decir “el futuro de todos”.

Ustedes dirán: “¿Qué va a decir? Como representante de los medios tradicionales sangra por la herida”. Herida que, por desgracia, es muy pro-

funda. No se lo voy a negar, sangramos por la herida pero lo cierto es que los datos que esta tarde estoy exponiendo aquí, y también las decisiones que empiezan a tomar algunos gobiernos, algunas empresas... esos datos me avalan.

Estamos en un momento en el que el sentimiento se sitúa varios cuerpos por delante de la razón -duele decirlo en una universidad, donde ustedes lo pueden comprobar en el día a día-. Un momento en el que la verdad se interpreta no en función de los hechos sino en función de si se acomoda o no a los intereses y preocupaciones del ciudadano particular o, como mucho, en función de los intereses del grupo social al que ese individuo se siente vinculado.

Lo cual nos lleva a la tercera gran pregunta -estoy terminando ya- que les planteaba al comienzo, y seguramente la más importante: ¿qué podemos hacer? O ¿qué entiendo yo que podemos y que debemos hacer? Sin lugar a dudas, para empezar, y por eso son importantes jornadas como esta, intentar volver a ganarnos la confianza de nuestros jóvenes.

En mi ámbito, en el de los medios de comunicación, ¿cómo se hace? ¿Cómo se puede hacer, o cómo entiendo yo que se puede hacer? Creo que apostando por un periodismo mucho más riguroso, mejor contextualizado, mucho más explicativo de datos como los que hoy he expuesto aquí. Un periodismo, diría, menos sentimental y mucho más pegado a los datos, a los hechos. Un periodismo en el que también las buenas noticias sean noticia. Nos estamos olvidando de eso. El adagio contrario es prácticamente norma común en la profesión: solo las malas noticias son noticias. Recuperemos las buenas noticias como noticia.

Aquí, precisamente, me sirve como ejemplo el que aportaba hace tan solo unos días el vicesecretario para asuntos económicos de la Conferencia Episcopal y presidente de COPE, Fernando Giménez Barriocanal, que además es mi jefe. Describía la realidad de una Iglesia que ayuda a casi 3.000.000 de personas sin recursos al año; que ayuda a casi 150.000 inmigrantes, que es prácticamente la única que les acoge; que ayuda a más de 100.000 parados al año. Esa es una realidad y, frente a esa realidad sustentada por los hechos, el cuadro distorsionado que de esa Iglesia pintan algunos para presentarla, decía Giménez Barriocanal, con un rostro que no refleja en absoluto lo que es y lo que la Iglesia representa para la sociedad.

En esa tarea ímproba de recuperar la confianza de nuestros jóvenes solo tendremos éxito si les escuchamos pero no de cualquier manera. Si les escuchamos a la manera que nos pedía el Papa Francisco en su exhortación *Alegraos y Regocijaos*. Decía: "Solo quien está dispuesto a escuchar tiene la libertad para renunciar, para renunciar a su propio punto de vista que es par-

cial o insuficiente". ¿Estamos realmente dispuestos a escuchar de esta manera a la que nos llama el Papa? Sepamos, al menos, lo que nos jugamos si no lo hacemos y, además, si no lo hacemos de inmediato.

El reto es claro, y estoy convencido de que todos los presentes en esta sala estaremos de acuerdo en él. El reto es evitar que nuestros jóvenes crezcan en el resentimiento, por ejemplo, tal y como lo describía Nietzsche: como alguien que se aferra a la fuente de su dolor, perpetuándolo y alimentándolo.

Estoy íntimamente convencido de que, en los próximos días, en este Congreso que apuesta decididamente, y me parece un acierto mayúsculo, por la fe en los jóvenes, vamos a escuchar propuestas, claves, iniciativas que nos van a acercar, al menos, a intentar conseguir ese reto. Les animo y les agradezco que abran este foro, en el que he tenido la enorme suerte de participar en su inauguración.

Muchas gracias a todos.

Alfonso Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera - Querido José Luis, muchísimas gracias. Y mi enhorabuena más cordial al director del Congreso, porque creo que tras esta brillantísima presentación ha quedado muy claro qué es lo que cabe esperar en los días que celebraremos la semana próxima.

Muchísimas gracias de nuevo a todos ustedes por su presencia. Gracias.